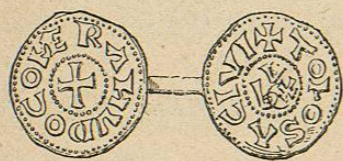


desgracia de encontrarse en este último país con las pretensiones rivales del soberano de Cataluña y del Rosellón.

Los condes de Barcelona, los Borrell y los Ramón Berenguer, antiguos marqueses de Gothia, disputaban aún á los de Tolosa la supremacía general sobre el Langüedoc. A principios del siglo XII, el conflicto adquirirá un carácter de permanencia, gracias al matrimonio de uno de aquéllos, Ramón Berenguer III, con Dulce, heredera por su padre de una parte del Gevaudán y del Rouerge y por su madre del condado de Provenza. Ambicionaban los condes barceloneses reconstituir la Gothia y además crear una monarquía franco-española que fuese señora del Mediterráneo occidental. En ese duelo entre Tolosa y Barcelona la ventaja parecía estar



Moneda de Raimundo, conde de Tolosa

de parte de los catalanes, vigorosamente templados en su continua cruzada contra los sarracenos de España y enriquecidos por el comercio de sus puertos. El conde de Barcelona, Ramón Berenguer I (1035-1076), que en 1070 compró la soberanía de los condados de Carcasona y de Racés, ostenta en sus cartas los títulos de «muy piadoso y serenísimo Augusto, glorioso conde y marqués, campeón y baluarte del pueblo cristiano, príncipe de Barcelona.» Estos títulos sonoros son ya «cosas de España,» pero el que los llevaba pensaba sobre todo en ensanchar sus dominios en Francia por el lado de Narbona y de Montpellier.

Desgraciadamente los condes de Barcelona encontraban en la constitución interior de su Estado dificultades que retardaron los progresos del mismo. La región de los Pirineos fué uno de los puntos de Europa en donde con más vigor había arraigado el feudalismo y en donde con más regularidad funcionaba, constituyendo una causa permanente de molestia y de estorbo para el alto soberano; y por otra parte, la línea de los condes experimentaba más que otras dinastías las consecuencias de la falta de una ley de sucesión que asegurara la transmisión hereditaria é integral de la baronía por orden de primogenitura, y continuaba fiel al principio de la división territorial entre hermanos ó del ejercicio del poder *pro indiviso*, fuente de discordias intestinas y de tragedias á veces sangrientas. A la muerte de Ramón Berenguer I, que dejaba el gobierno de sus Estados á sus dos hijos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, este difícil problema fué zanjado por un asesinato, por haber sido uno de los hermanos asesinado por el otro. En 1131 se restableció el sistema de la división, correspondiendo al primogénito el condado de Barcelona y las antiguas posesiones de la familia, y al segundo las nuevas adquisiciones realizadas en el Langüedoc y en la Provenza. El azar de las sucesiones debía hacer que en el siglo XII se restableciera varias veces la unidad de la dominación catalana en provecho de la rama primogénita; pero en diversas ocasiones obstiná-

ronse los condes de Barcelona en quebrantarla concediendo la misma dote á la rama segunda, vicio orgánico que si bien retrasó el desenvolvimiento natural de uno de los señoríos más vigorosos con que la Francia feudal contaba, no impidió los brillantes destinos que el porvenir le reservaba. Pero cuando estos destinos se realizaron, el condado de Barcelona, cambiando de patria y definitivamente orientado hacia España, había dejado de ser francés.

Las dominaciones feudales cuya historia acabamos de bosquejar, constituyen en su conjunto el «Reino de los Franceses,» *Regnum ó Patria Francorum*, boceto todavía indeciso y movable en el que aparece en fragmentos y en forma mal determinada lo que más adelante será la «nación francesa.» Los hombres del siglo XI no se consideran aún solidarios; la Francia septentrional tiene sólo una idea vaga de la comunidad de intereses y de destinos; más vaga todavía se presenta aquélla al Sur del Loira, y entre los habitantes de las regiones extremas, de la Bretaña céltica y de la Gascuña, no encontramos tal idea en grado alguno. Aquellas gentes no conocen más que las «patrias locales,» las que corresponden á las divisiones naturales trazadas por los accidentes físicos, los dialectos, las razas; los elementos del cuerpo nacional existen, pero el cuerpo no está formado.

Los límites exteriores de la Francia señorial carecen de estabilidad desde el momento en que el régimen feudal no tiene en cuenta ni las fronteras naturales ni las afinidades étnicas y lingüísticas: considerando de cerca el límite oriental del reino capeto, se advierte que ni el Mosa, ni el Saona, ni el Ródano ni los Cevenas separan exactamente el reino del imperio, sino que la frontera cabalga caprichosamente sobre los dos países, de manera que el Velay francés, por ejemplo, penetra como una cuña en territorio imperial, y en cambio el Forez y el Vivarais no están en tierra de Francia. Gracias á las alianzas y á los matrimonios que establecían de continuo íntimas relaciones entre la baronía del Langüedoc y de la Gascuña y la de Cataluña, Aragón y Navarra, una porción de feudos franceses se desbordan, por decirlo así, sobre la vertiente española y viceversa, de tal modo que la frase «Ya no hay Pirineos» ha sido más exacta en la Edad media que en ningún período de los tiempos modernos. Por añadidura, las circunscripciones religiosas vienen á complicar las innumerables irregularidades: la Iglesia, potencia europea, sin preocuparse poco ni mucho de las fronteras físicas y políticas, extiende indiferentemente á las regiones más distintas la jurisdicción de sus obispados y de sus provincias archiepiscopales, y de ello resulta que mientras el arzobispado de Reims se prolonga por la Lorena y disputa la primacía á Tréveris, el metropolitano de Narbona pretende ejercer sus funciones hasta Tarragona y el de Auch hasta Pamplona.

En el interior, el territorio, sometido dos siglos antes á un poder único, se ha llenado de principados autónomos y de dinastías hereditarias. Todos estos grupos señoriales aparecen en estado de suspensión; su centro está mal fijado y sus fronteras varían á menudo, siguiendo los azares de las sucesiones y de los matrimonios y el temperamento conquistador de los altos barones. No

son sino embriones de Estados desprovistos de organización y de consistencia, ya que, salvo raras excepciones, los duques y los condes del siglo XI no saben aún concentrar sus poderes, aglomerar con método tierras y castillos alrededor de su patrimonio, ni imponer el orden y la paz á sus vasallos. Batalladores descuidados y ávidos, viven al día del producto de sus tierras ó de sus rapiñas y pagan á los caballeros que les sirven dándoles pueblos tomados de las abadías sujetas ó emancipadas de sus propios dominios; soberanos sin administración, sin hacienda, sin policía, castigan bárbaramente, cuando se sienten fuertes, las desobediencias de sus feudatarios y de sus súbditos, pero no piensan en las medidas que podrían prevenir el descontento y el desorden. Raras veces obedecen á una idea política: su único objetivo es usurpar el feudo ajeno y acumular dominios que son incapaces de gobernar; y cuando no hay á su alrededor tierras de que apoderarse, se expatrian y van á buscar lejos, á expensas del extranjero ó del infiel, el botín y las aventuras que ya no encuentran en Francia.

CAPÍTULO III

LA NOBLEZA FRANCESA FUERA DE FRANCIA

I. El mundo feudal en movimiento. Las peregrinaciones.—II. Los caballeros franceses en España.—III. Los normandos en Italia.—IV. Guillermo el Bastardo y la conquista de Inglaterra.

I.—El mundo feudal en movimiento. Las peregrinaciones (1)

El feudalismo parecía ser, por esencia, un régimen de aislamiento que encadenaba al noble á su castillo y al labrador á su gleba: el escaso número y el mal estado de los caminos, los múltiples peligros que á cada paso acechaban al viajero, la ignorancia de todo cuanto estaba fuera del inmediato horizonte de la mansión señorial, del cantón ó de la provincia, todo era á propósito para disuadir al hombre de la Edad media de toda idea de abandonar el país natal y aventurarse en lejanas tierras.

Y sin embargo, la Francia del siglo XI ha sido teatro de una circulación continua, general, intensa, superior á cuanto pueda imaginarse: aquella sociedad, á la que se creía encerrada dentro de sus fronteras, está siempre en movimiento.

La misma clase popular, no obstante la falta de recursos y el rigor de la ley feudal, no se está nunca quieta: el campo, como hemos visto, tenía sus roturadores nómadas, los huéspedes, y las ciudades sus mercaderes que surcaban en sus embarcaciones los ríos franceses y por tierra ó por mar iban á regiones apartadas á vender ó á cambiar sus productos. Mucho antes del siglo XI los comerciantes de Normandía afluan á Inglaterra y los de Flandes y Lorena frecuentaban los mercados alemanes, italianos y españoles. Los villanos, de derecho, debían permanecer aprisionados en los señoríos que los explotaban; pero de hecho, la situación ri-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Lalanne, *Des pèlerinages en Terre-Sainte avant les croisades*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1845. Roehricht, *Die Pilgerfahrten nach dem heiligen Lande vor den Kreuzzügen*, 1875.

gurosa ó intolerable de que eran víctimas motivaba cada día deserciones y emigraciones aisladas ó colectivas. Labradores y artesanos iban de provincia en provincia á ocupar los lugares de asilo y las ciudades nuevas, que eran otros tantos cebos sembrados ante la miseria ambulante. Las fronteras de los feudos no eran barreras infranqueables; los siervos se movían ilegalmente, pero el hecho es que se movían y cambiaban de residencia.

Los clérigos están siempre de viaje, puesto que se ven obligados á concurrir á los diferentes sínodos que en todos los grados de la jerarquía reúne la Iglesia. La ley eclesiástica impone al simple sacerdote el deber de ir á encontrar á su superior para hacer acto de obediencia y recibir sus instrucciones, y al superior el de visitar las iglesias de su jurisdicción para ejercer en ellas el derecho de corrección y de inspección. Las relaciones cada día más frecuentes entre el alto clero y la corte de Roma tienden á erigir en costumbre obligatoria para los obispos la visita *ad limina Petri*, y esos viajes á la capital pontificia serán innumerables cuando el papa habrá de conocer como juez soberano de los procesos eclesiásticos, hasta el punto de parecer imposible que tantos millares de clérigos y monjes puedan soportar anualmente las fatigas del paso de los Alpes y de la permanencia en Italia. Otras necesidades profesionales se imponen á los miembros del clero: los que son inteligentes y ambiciosos acuden á las escuelas monásticas y episcopales en donde se da la enseñanza superior; el que quiere avanzar en su carrera tiene que seguir los cursos de los maestros de Orleáns, de París, de Angers, de Reims, del Bec, de Poitiers ó de Cluni. De aquí que los caminos reales se vean de continuo llenos de estudiantes.

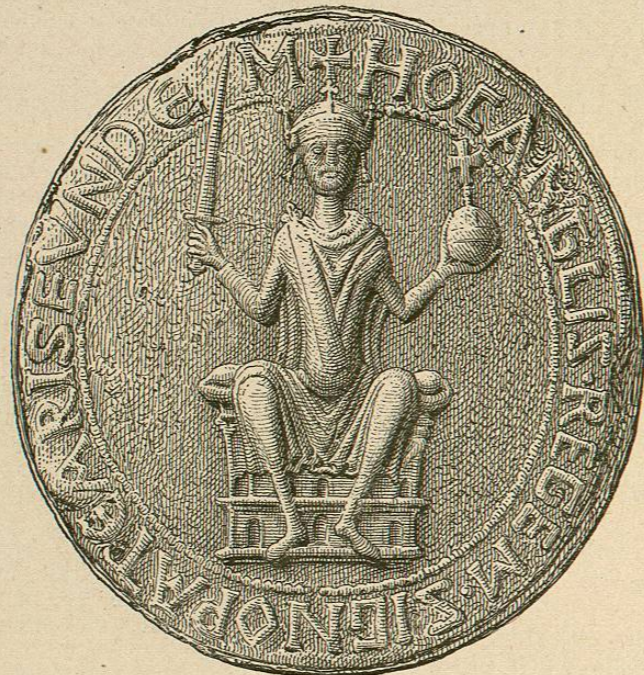
El vasallaje obliga á los nobles á efectuar frecuentes viajes á la corte del soberano, lo mismo en tiempos de paz que de guerra, siendo preciso que el feudatario se presente en ella en persona, porque su abstención es considerada como síntoma de hostilidad: el uso de las procuraciones no será tolerado hasta los últimos períodos de la Edad media. Cuanto más elevado es el rango que en la jerarquía ocupa el soberano, tanto mayor es el número de los que ante él comparecen, aun desde muy lejos, para cumplir sus deberes de vasallaje. A los viajes regulares y legales añádense para nuestros caballeros y barones los motivados por sus aficiones belicosas. Sabemos ya que la guerra es permanente entre los feudos, y en primavera y verano sobre todo se ve en los caminos un hormigueo de jinetes que marchan á engrosar la hueste de su señor ó que de ella regresan: son vasallos en servicio, compañeros de armas ligados por afecto ó por agradecimiento á un jefe de cuadrilla, mercenarios y aventureros de profesión. Pero las guerras feudales traen consigo otras consecuencias, tales como confiscaciones, expulsiones y destierros temporales ó indefinidos: un barón victorioso obliga á sus enemigos más encarnizados á abandonar la provincia y á vivir en el feudo vecino ó en el extranjero, y así cada señorío tiene su grupo de desterrados, refugiados á gran distancia, que acechan el momento favorable para reaparecer y tomar el desquite.

La paz no es menos que la guerra una causa activa de movimiento: los instintos batalladores de los nobles,

refrenados por las instituciones de paz, por los obispos y por los concilios, han de encontrar en alguna otra parte modo de satisfacerse; así es que los caballeros, no pudiendo guerrear dentro del feudo, van á pelear fuera. El mismo efecto produce seguramente la severidad política de ciertos jefes de Estados feudales: aquellos de sus súbditos que á toda costa quieren conquistar botín y repartir lanzadas, márchanse fuera de su provincia y aun de Francia para ver colmados sus deseos á expensas del extranjero. Y cuando el extranjero es un pagano ó un musulmán, la expedición guerrera reviste el carác-

ter de las iglesias ó del vecino? Cuando murió Guillermo, muchos de sus feudatarios á quienes había heredado, encontrábanse en Roma y hasta en el Sur de Italia, y la leyenda afirma que tuvieron noticia de su muerte el mismo día en que falleció.

Aquella nobleza francesa, y más que ninguna otra la de Normandía, era víctima de su propia fecundidad, resultado de la facilidad de las repudiaciones tanto como del vigor de la raza. En cada página de las crónicas vemos mencionados castellanos, barones y altos señores que tenían ocho, diez, doce y más hijos varones, sin



Sello de Guillermo el Conquistador (anverso).—Museo Británico de Londres

ter de obra piadosa. ¿Qué ideal mejor puede acariciar el soldado?

De todos nuestros grupos feudales la Normandía es el que nos ofrece la más poderosa corriente de emigración entre los nobles: de allí vió salir el siglo XI, en oleadas que se empujaban unas á otras, un torrente inagotable de aventureros y de bandidos sin escrúpulos. Aquella raza, oriunda de los antiguos piratas escandinavos, tenía en su sangre la pasión por la independencia y por los viajes fructuosos; y por otra parte, el ducado normando era el feudo gobernado con mayor dureza, aquel en donde el poder del alto soberano dejaba menos espacio á los desórdenes; de aquí que los normandos, demasiado sujetos en su patria, fueran á todas partes á probar fortuna. El terrible duque Guillermo el Conquistador habla de uno de sus nobles en los términos siguientes: «He arrebatado á Baudri, hijo de Nicolás, todas sus tierras para castigarle por haber abandonado locamente mi servicio y por haberse ido á España sin mi permiso. Ahora se las devuelvo por amor de Dios. No creo que pueda haber mejor caballero que él; pero es inconstante y pródigo y recorre errante diversas comarcas.» En esto está retratado el carácter del normando, á quien no le basta la Normandía. Pero cómo permanecer bajo el yugo de ese duque que impide á sus vasallos saquear los campos y engrandecerse á ex-

contar las hembras. El normando Tancredo de Hauteville, padre de los conquistadores de Italia, se casó dos veces: tuvo cinco hijos de su primera esposa, siete de la segunda. ¿Cómo dar tierras á todos esos muchachos? No era siempre posible desembarazarse de ellos, tonsurándolos, para meterlos en un cabildo ó en una abadía. Si el patrimonio es insignificante ó mediano, es preciso que los menores se hagan también un sitio en el mundo y busquen en el extranjero el vasto dominio que sólo podrán proporcionarse con la espada.

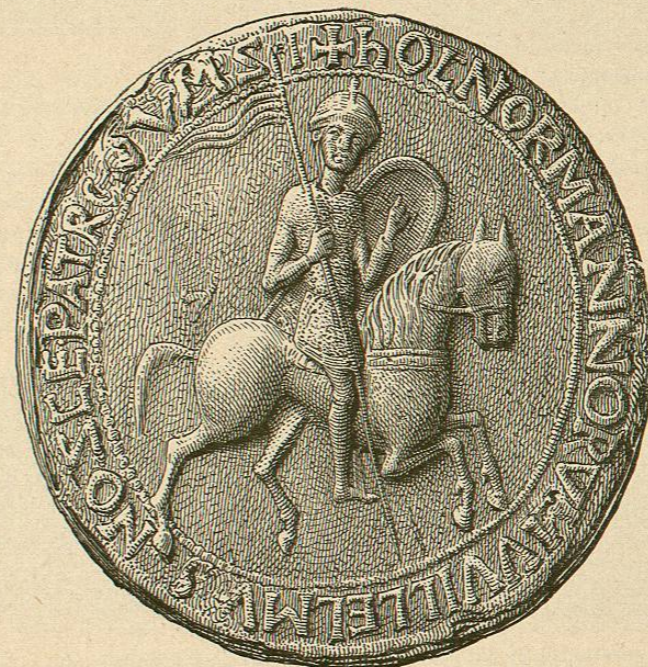
La idea religiosa empuja también á esta sociedad hacia fuera de su país. La mayor parte de las gentes que viajan llevan el traje y las insignias del peregrino. La peregrinación, efecto del culto de los santos y de la veneración de las reliquias, es una parte importante de la religión de la Edad media. Francia y los países vecinos abundan en santuarios que atraen á la multitud. Para no hablar más que de las tumbas de primer orden, el francés del siglo XI encontraba en su país San Martín de Tours, el Monte San Miguel, Nuestra Señora de Vezelay, San Marcial de Limoges, Nuestra Señora de Pui, Rocamadour, Santa Foix de Conques, San Saturnino de Tolosa. Fuera de su país, iba á Santiago de Compostela, á Roma, al Monte Casino, á San Miguel del Gargano. Aún más allá, la más lejana, la más peligrosa, pero también la más meritoria de las peregrina-

ciones, le arrastraba á Jerusalén, al Santo Sepulcro, el sueño de las gentes atrevidas ó de los criminales de alta alcurnia. Institución regular, organizada, la peregrinación responde entonces á una necesidad social. Las pocas carreteras que se dan el trabajo de conservar conducen á las tumbas más nombradas. Los hospitales fundados á lo largo de esas carreteras para los peregrinos, los pobres y los enfermos, son las únicas casas en que el viajero puede encontrar refugio.

Los verdaderos devotos visitan los santuarios porque la peregrinación es una garantía de salvación, y cuanto

normando, Guillermo Pantoul, de quien nos habla Orderico Vital, el cual marchó hasta Bari, y «secundado por la protección divina,» tuvo la suerte de llevar á su iglesia un diente de San Nicolás y dos fragmentos arrancados de una manera subrepticia á su tumba de mármol.

A los devotos se añaden los pecadores que visitan los santuarios para cumplir una penitencia espontánea ó impuesta por la Iglesia. Un buen número de clérigos y sobre todo de nobles van así, á lo lejos, á ponerse en regla con Dios y ganar la paz de su conciencia. Los al-



Sello de Guillermo el Conquistador (reverso).—Museo Británico de Londres

más lejos se va, más se acrecienta el beneficio espiritual. Los santos y las reliquias tienen, por otra parte, su jerarquía como los poderes terrestres. ¡Felices aquellos que pueden venerar los huesos de un apóstol, de uno de esos seres privilegiados que estuvieron en contacto con Jesucristo; más felices aún aquellos que oran en la misma tumba de Jesús, delante de los lugares que fueron testigos de su pasión! Los piadosos viajeros parten á menudo con la intención, manifiesta ó secreta, de llevar á sus casas un fragmento de esas reliquias que van á buscar tan lejos y con tanta pena. Numerosas son las historias de clérigos ó de religiosos que abandonan su iglesia ó su abadía para cabalgar en busca de reliquias. Los establecimientos que poseen estas santas osamentas las guardan, por lo general, con un cuidado celoso; pero alguna vez necesidades crueles les obligan á desprenderse de las mismas. Las reliquias se venden. El que no puede comprarlas encuentra también el medio de procurárselas por el fraude. El robo de reliquias es un hecho bastante común que la opinión excusa en virtud del motivo. El clero no es el único que desea obtener, cueste lo que cueste, un hueso, un diente, un cabello de un santo ó de un mártir renombrado. Los barones que han fundado un monasterio, una iglesia, tienen empeño en dar á su creación todo su valor, colocando allí una buena reliquia. Testigo ese caballero

más lejos se va, más se acrecienta el beneficio espiritual. Los santos y las reliquias tienen, por otra parte, su jerarquía como los poderes terrestres. ¡Felices aquellos que pueden venerar los huesos de un apóstol, de uno de esos seres privilegiados que estuvieron en contacto con Jesucristo; más felices aún aquellos que oran en la misma tumba de Jesús, delante de los lugares que fueron testigos de su pasión! Los piadosos viajeros parten á menudo con la intención, manifiesta ó secreta, de llevar á sus casas un fragmento de esas reliquias que van á buscar tan lejos y con tanta pena. Numerosas son las historias de clérigos ó de religiosos que abandonan su iglesia ó su abadía para cabalgar en busca de reliquias. Los establecimientos que poseen estas santas osamentas las guardan, por lo general, con un cuidado celoso; pero alguna vez necesidades crueles les obligan á desprenderse de las mismas. Las reliquias se venden. El que no puede comprarlas encuentra también el medio de procurárselas por el fraude. El robo de reliquias es un hecho bastante común que la opinión excusa en virtud del motivo. El clero no es el único que desea obtener, cueste lo que cueste, un hueso, un diente, un cabello de un santo ó de un mártir renombrado. Los barones que han fundado un monasterio, una iglesia, tienen empeño en dar á su creación todo su valor, colocando allí una buena reliquia. Testigo ese caballero

ter barones, poderosos para el mal, expían las injusticias y las crueldades de la guerra; campesinos degollados, claustros allanados, iglesias entregadas al incendio, excomuniones desdeñadas, sin contar los delitos de carácter privado, adulterio ú homicidio. Se puede juzgar de la gravedad del crimen por la distancia del lugar adonde se dirige el peregrino.

Millares de enfermos van á los santuarios á pedir su curación. La gran utilidad de la Virgen y de la reliquia es hacer milagros; y en esa época de fe profunda los milagros son innumerables. Se escriben ya libros de los milagros, *libri miraculorum*, periódicos edificantes en que están consignadas, con los más minuciosos detalles, las curas maravillosas realizadas en los santuarios. El médico, el *physicus*, clérigo ó judío, es cosa rara; tener un médico, agregado á la casa, es un lujo de primer orden que solamente pueden permitirse los reyes, los príncipes, los obispos y los grandes abades. Por lo demás, la medicina de ese tiempo, puramente empírica, inspiraba tan sólo una mediana confianza. Los santos curaban de un modo más seguro.

Falta hablar de la legión de falsos peregrinos, ó por lo menos de los viajeros para quienes la peregrinación es un pretexto, que ponen en segundo término la ventaja espiritual y buscan, en realidad, algo más que tocar una reliquia. Muchos de entre ellos, simples mer-

cadere, se consideran dichosos con hacer su negocio en este mundo, al mismo tiempo que se preparan un lugar en el otro. Los sitios de peregrinación frecuentados, mercados nacionales ó internacionales, tienen una gran importancia comercial. Siendo el peregrino una persona sagrada, para quien la hospitalidad se impone, y á quien se dispensa de todo peaje, nada más ventajoso que abusar del nombre y del hábito de peregrino. Con los mercaderes se mezclan los aventureros de baja y de alta nobleza, ávidos de batalla, completamente decididos á aprovechar las ocasiones que se les ofrezcan en el camino para dar buenos mandobles y recoger botín de toda especie. Para esos, la peregrinación, piadosamente empezada, termina á menudo de una manera profana. Si Dios y las circunstancias lo permiten, esos peregrinos acabarán por ser conquistadores, fundadores de imperios, personajes históricos de primer orden. La piedad, aun siendo interesada, obtiene siempre su recompensa.

La peregrinación al Santo Sepulcro, que conducirá á la cruzada, tenía una importancia especial. Desde el fin del imperio romano, los occidentales no habían cesado de preocuparse de la Tierra Santa. Los que no podían salir de su país enviaban dinero á la colonia cristiana de Jerusalén. Aquellos que se sentían con fuerza y valor para ir hasta el sepulcro de Cristo, hacían su testamento y partían sin ninguna certeza de volver. Los visitantes de la Siria no faltaron nunca. Desde el siglo IX hasta el XI se les vio pasar sin interrupción, en grupos más ó menos compactos; y no sólo la multitud anónima, sino que también los penitentes más ilustres, jefes de Estado, rodeados de sus caballeros. Cuando tenían la suerte de volver á la tierra natal, se encontraban allí con un singular prestigio, agrandados en la admiración pública.

La frecuencia de esas expediciones prueba que la conquista musulmana no hizo muy difícil el acceso á Jerusalén y al Santo Sepulcro, y que las molestias que les causaban los guardianes de la ciudad santa no tuvieron siempre el carácter intolerable que se les atribuye. Los malos tratamientos que sufrían los peregrinos eran, la mayor parte de las veces, obra de los nómadas del desierto, grandes salteadores de las caravanas en la Edad media, como ahora. Todo cambia, excepto las costumbres de los beduinos. Los cronistas de Occidente no sabían distinguir á esos bandidos de las autoridades egipcias. Por otra parte, si Jerusalén dependió políticamente de los jefes del islamismo, siguió estando bajo el protectorado de una gran potencia de Europa. Ejercido al principio por Carlomagno y sus sucesores, el patronato de los lugares santos cayó otra vez entre las manos de los emperadores griegos. Al principio del siglo IX, el Santo Sepulcro, destruido por orden de un califa medio loco, había sido reconstruido casi en seguida, á expensas y por los cuidados del «autocrator» Constantino IX el Monómaco. Gracias á este protectorado y á la tolerancia de los árabes, los cristianos que residían en Jerusalén, bien encerrados en un barrio especial ceñido de sólidas murallas, sostenidos por los donativos que afluían sin cesar de Francia y de Italia, gozaban de una tranquilidad relativa. Los documentos acreditan la prosperidad y riqueza de sus iglesias y de sus hospitales. ¿Por qué los cristianos extranjeros

habrían encontrado mayor hostilidad? La conversión del rey de Hungría, San Esteban, vino á facilitar las relaciones con la Tierra Santa, abriendo á los peregrinos el camino del Danubio, «el más seguro que se pudo encontrar,» dice Raúl Glaber. El mismo cronista afirma que desde entonces «una multitud innumerable, no sólo de nobles, sino que también del pueblo,» corrió hacia Jerusalén.

La invasión de los turcos seldjucidas, que cambió tan profundamente el estado de la Siria y la condición de los fieles del Santo Sepulcro, debía enfriar ese entusiasmo, hacer que sucediera la persecución á la tolerancia, y atraer sobre el islamismo la inmensa cólera del mundo cristiano.

II.—Los caballeros franceses en España (1)

La movilidad de nuestros caballeros del siglo XI dió lugar á expediciones guerreras, á conquistas, á fundaciones de Estados que fueron el prelude del éxodo grandioso de la cruzada. El torrente feudal inundará el Asia, pero después de haberse desbordado sobre España, sobre Italia, sobre el reino insular de los anglosajones.

Independientemente del gran atractivo que los países del Mediodía han ejercido siempre sobre las gentes del Norte, había excelentes razones para que el instinto de saqueo y de conquista se expansionara más allá de los Pirineos. Arrebatada la tierra cristiana á los musulmanes que la profanaban, ser agradable al cielo acuchillando á los enemigos de la fe, ver todas las violencias de la guerra de antemano justificadas por la iglesia, ¡qué provecho para el noble francés! No aguardó al concilio de Clermont para convencerse de que la guerra hecha á los infieles era santa, y que el soldado muerto en esos combates iba directamente al Paraíso. Amenazado por los sarracenos que saqueaban la Italia y tenían á Roma aterrorizada, el Papado trabajaba, hacía mucho tiempo, en propagar esta idea. Papas de la era carlovingia, como León IV y Juan VIII, dirigían ya frecuentes llamamientos á las poblaciones de Francia y de Alemania. «Los que sucumben en defensa de la Santa Iglesia de Dios, escribía Juan VIII á los obispos del rey Luis el Tartamudo, obtienen indulgencia para sus pecados y el reposo de la vida eterna.»

Las devastaciones cotidianas de los musulmanes berberiscos, sicilianos ó sardos en las costas del Langüedoc, de la Provenza y de la Italia; la audacia con que se echaban sobre los Alpes para ocupar los pasos y exigir rescates á los peregrinos que se dirigían á Roma; la existencia precaria de los reinos cristianos de España y los obstáculos permanentes que los sarracenos de este país oponían á la romería de Santiago; todos estos hechos conmovieron profundamente á los cristianos de los siglos X y XI. Tenían la mirada puesta en

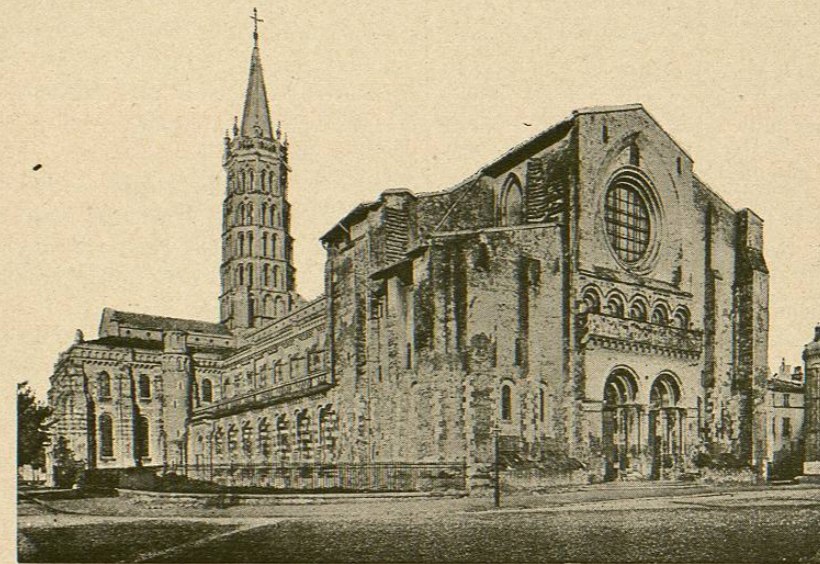
(1) OBRAS DE CONSULTA.—Lembke-Schaefer, *Histoire de Espagne*, tomo III, y el primer volumen de la continuación de Schirmacher, 1890. E. Petit, *Croisades bourguignonnes contre les Sarrasins d'Espagne, au XI^e siècle*, en la «Revue historique,» 1886, tomo XXX. Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen âge*, 1881, é *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides*, 1861.

Africa, en España y en Sicilia más á menudo que en la Siria. Así los predecesores de Urbano II no olvidaron nada para hacer que afluyesen á la tierra española las fuerzas militares del feudalismo. Barones y caballeros procedentes de Francia se dirigían allí con tanto más ardor cuanto que, llegados á la península, encontraban el camino preparado y excelentes puntos de apoyo en los principados cristianos de Castilla, de Navarra y de Cataluña, donde les aguardaban su hermanos de armas.

La expedición de fecha más remota (1018) fué dirigida por un normando, Roger de Toeni, señor de Conches. Aquí, como casi en todas partes, los aventureros de

quisiera que las tierras que pertenecen á la Iglesia universal sigan siendo detentadas por los infieles, que verlas ocupadas por cristianos en condiciones desfavorables á la salvación de su alma.»

A esos auxiliares de Francia les corresponde una buena parte en las victorias alcanzadas por los españoles. No vacilan en internarse alguna vez hasta Andalucía, el corazón mismo de la dominación árabe, y dan su vida cuando es necesario. Tan codiciosos como valientes, no siempre se limitan á combatir en los ejércitos cristianos. Se inmiscuyen voluntariamente en las disputas de los emires musulmanes, sirven á éste contra aquél y ponen su espada á pública subasta. Ejercen sin



Iglesia de San Saturnino de Tolosa, de fotografía

Normandía tomaron la iniciativa y suministraron el contingente de más importancia. No hay ejército feudal, salido de Borgoña ó de Aquitania, que no cuente entre sus filas una tropa normanda. Pero todas las provincias francesas colaboraron á la reconquista de España. En 1063, el aquitano Gui-Geoffroi atraviesa los Pirineos con un séquito numeroso, sitia á los infieles en Barbastro y toma la ciudad. Después de haber devastado toda la región, repasa los montes, llevando consigo un inmenso botín y rebaños de esclavos. En 1073, un señor de Champaña, Eble II, conde de Rouci, guía á su vez contra los sarracenos de España un «ejército verdaderamente real,» dice el historiador Suger. La expedición había sido preparada por los cuidados de los papas Alejandro II y Gregorio VII. En una carta dirigida «á todos los príncipes que quisieran guerrear en España,» Gregorio da á conocer el tratado convenido entre la corte de Roma y el conde de Rouci: ¡extraña convención, que nos muestra al Papado menos cuidadoso de asegurar el triunfo de la fe que el éxito de sus propias pretensiones sobre la tierra española, tributaria y vasalla del apóstol San Pedro! Eble II y sus compañeros se ven obligados á rendir homenaje á la Sede Pontificia de los territorios que podrían conquistar y pagarle un censo anual. Si hay algunos que no quieran obligarse á esto, no sólo la Iglesia dejará de ayudarles, sino que también pondrá obstáculos á su empresa. Gregorio lo dice con tal claridad que no consiente la menor duda: «Más

escrúpulo su oficio de *condottieri*, porque hasta en tales condiciones se baten siempre contra los enemigos de Cristo. Nada más curioso que la actitud de esos barones extranjeros, súbitamente transportados á un medio tan diferente de su país de origen. Establecidos en tierra musulmana, adoptan fácilmente las costumbres y el modo de vivir de aquellos á quienes han venido á desposeer de sus dominios.

El cronista Ibn-Haiyán ha contado la historia de un conde del ejército de Aquitania, quien después de la toma de Barbastro se quedó en la ciudad para defenderla en caso de que fueran á atacarla los infieles. Ese francés se instaló en la casa del antiguo gobernador musulmán; se puso sus vestidos y se pasa los días echado sobre el sofá donde había estado el otro, rodeado de sus más bellas cautivas, convertidas en otras tantas mujeres suyas. A los visitantes que recibe les muestra con orgullo su parte de botín, de sacos llenos de oro y de plata, de fardos de seda y de brocados. Un rico mercader judío va á negociar con él. Para obsequiarle, el conde llama á una de las jóvenes que aguardaban á cierta distancia y le dice, «destrozando el árabe:» Toma tu laúd, y canta á nuestro huésped alguna de tus canciones. «Ella tomó entonces su laúd y se sentó para temparlo, pero yo veía que las lágrimas rodaban por sus mejillas, dice el judío que refiere los detalles de esa entrevista. En seguida la joven se puso á cantar versos que yo no comprendía y que, por consiguiente, aún